

POR JOSÉ MARÍA MARCO

EL REAL

El teatro de la España liberal



La reina Isabel II inauguró el Teatro Real de Madrid el 19 de noviembre de 1850, hace ahora 175 años. Presidió una función de gala en la que se representó *La favorita*, ópera de Donizetti, muy querida de la Reina y de su intérprete, la entonces célebre contralto Marietta Alboni. La brillantez del acontecimiento auguraba un gran futuro al nuevo teatro, que se confirmó pronto. En muy poco tiempo el Real, como se le llamaba antes de la inauguración, se convirtió en uno de los grandes teatros de Europa.

El Real fue un empeño personal de la Reina. Isabel II quería escuchar ópera en las condiciones que consideraba dignas del gran arte a la que era tan aficionada, siendo ella misma una buena cantante. Abrió un pequeño teatro en la galería de Poniente de la Plaza de la Armería, el llamado Teatro del Real Palacio. Allí, entre 1849 y 1850, se interpretaron algunas obras de Bellini y de Verdi, con un gasto desmedido, quizás calculado por Isabel II para obligar al gobierno a acometer definitivamente el final de la obra del Real. Sin Isabel II, no tendríamos Teatro Real. Tampoco existiría el Museo del Prado, al haber comprado la reina las dos partes de las colecciones reales de pintura, correspondientes a su madre y a su hermana, en las que Fernando VII, sin el menor sentido del Estado, dividió su herencia. Ni que decir tiene que, en los dos casos, el legado y el protagonismo de Isabel II han sido sistemáticamente silenciados.

La velada del 19 de noviembre de 1850 culminaba una larguísima historia de obras iniciadas y no terminadas que empezó en 1818, una vez demolido, por fallos estructurales, el Teatro de los Caños del Peral, que ocupaba el mismo solar. Al parecer, los causaba el arroyo que corría debajo de sus cimientos. La falta de dinero, la desgana y la ausencia de grandes ideas para la urbanización de Madrid -el Real ocupa un lugar estratégico frente al Palacio de Oriente- fueron difiriendo el proyecto. Eso no impidió que el público madrileño, muy aficionado a la ópera, como en general el público español, siguiera las novedades en el Teatro del Circo -hoy ocupado por el horrendo edificio nuevo del Ministerio de Cultura-. La Reina comprendió que Madrid, y la cultura española, merecían otra cosa. La inauguración del nuevo teatro coincide con un período de tranquilidad pública, presidido por el Partido Moderado y liderado por el general Narváez. Son años de modernización, con importantes inversiones y grandes obras públicas, como ferrocarriles, traída de aguas, ensanches como el del este, el actual barrio de Salamanca, o la construcción del Congreso de los Diputados.

La dimensión y la forma del edificio le otorgaba una categoría especial, al ocupar toda una gigantesca manzana entre la Plaza de Oriente y la actual Plaza de Isabel II. Y la forma del solar llevó a encajar el teatro en sí en un edificio mucho mayor. Así es como, antes de la inauguración, se reunieron las Cortes en los salones ya construidos que dan a la plaza de Isabel II y que pasaron luego a ser ocupados por el Conservatorio. Además, la dimensión del edificio permitió habilitar grandes salones alrededor de la sala, lo que le da al Real un aspecto inusual de gran palacio.

La voluntad de la Reina y las circunstancias de la construcción llevaron por tanto a convertir el Real en el gran escenario de la nueva sociedad nacida con la revolución liberal de 1830. Es inagotable el repertorio de anécdotas protagonizadas por Narváez, por el marqués de Salamanca y por Luis Sartorios, conde de San Luis, los dos grandes mecenas. Ahora bien, el pueblo de Madrid no se limitaba a contemplar el espectáculo social. Reclamó su sitio y lo obtuvo en el llamado *paraíso*, la gigantesca parte superior de la sala que ofrecía 1200 plazas baratas (de un total de 2800), ocupadas por un público de pequeños industriales, estudiantes, empleados, funcionarios y familias enteras, tanto o más entendido que el de los palcos y el patio de butacas. El *paraíso*, ruidoso y con criterio propio, tan bien retratado por Galdós, no perdonaba los fallos. La orquesta, dirigida durante muchos años por el maestro Daniel Skoczdepole, madrileño de adopción, llegó a ser una de las más prestigiosas orquestas europeas.

De titularidad pública, el Estado cedía la gestión al empresario que mejor cumpliera el pliego de condiciones. Como la exigencia del Estado y la del público era muy alta, los déficits fueron frecuentes, sufragadas de más o menos buena gana por el Ministerio correspondiente, en parte para evitar al ministro o al personal responsable los dolores de cabeza que trae un teatro de ópera vivo, siempre al borde de la histeria. La clave era dar satisfacción al público, que no se contentaba con poco: grandes divos, obras de moda, compositores de primera fila como Rossini, Donizetti o Verdi... Por eso, desde el principio y como indica la obra elegida para la inauguración, el Real fue el templo de la ópera italiana. Hoy se suele

concebir la ópera como un género elitista. No era así entonces, y en Italia y en España el público iba a la ópera como aquí se sigue yendo a los toros. Por eso el Real ofrecía lo que el público quería escuchar, que era ópera italiana. Hasta finales de siglo, los madrileños, refractarios al aburrimiento, se ahorraron la pedantería del *Fidelio* y, en general, de la ópera alemana y del «*grand opéra*» francés. Ya lo decía el coro de los organilleros en huelga, en *El bateo*, cuando avisan a los madrileños que van a tener que «bailar música de *Beethovén* y óperas de Meyerbeer». Con Wagner, recibido con grandes entusiasmos, el gusto empezó a cambiar. A peor, apuntó Baroja.

El problema que aquí se planteaba era el de la ópera española, un asunto debatido interminablemente durante todo el siglo XIX y buena parte del XX. Siendo una institución estatal, el Real tenía la obligación de presentar una ópera española en cada temporada. Lo cumplió de mala gana y no siempre, aunque se estrenaron algunos grandes títulos como la versión operística de *Marina* de Arrieta y *Don Fernando el emplazado* de Valentín Zubiaurre. Evidentemente, siempre se le reprochó al Real que no hiciera algo más por patrocinar el producto nacional. El público, sin embargo, mandaba, como demostraron los fracasos de los intentos privados, entre ellos el de un gran teatro -de aforo mayor que el del Real- que se levantó en la calle Marqués de la Ensenada. La fachada, con sus simpáticos elefantes, sigue en pie, y hoy da entrada, con ironía nunca desmentida, al Consejo General del Poder Judicial, como antes lo hizo con el Liceo Francés... El Gran Teatro Lírico tuvo que cerrar al poco tiempo. En realidad, la ópera española iba por otro camino y renovó con inmensa fortuna la zarzuela, antiguo género nacional. Lo demuestra el éxito del Teatro de la Zarzuela, inaugurado en 1856 -también por la reina Isabel II-, así como el de las empresas privadas dedicadas al nuevo género lírico.

El Real estaba tan ligado a la España liberal que, como si fuera un maleficio, cerró en 1925, en plena dictadura de Primo de Rivera. Lo condenaron, como al Teatro de los Caños del Peral, los problemas de estructura relacionados con el famoso arroyo subterráneo. El edificio quedó abandonado. Los republicanos, tan amantes siempre de la cultura, instalaron un polvorín en los bajos. Estalló poco después de la entrada de los nacionales en Madrid y aunque causó desperfectos considerables, el edificio resistió. (Un miembro de la familia de quien esto firma recordó toda su vida la gigantesca explosión, que le cogió en el barrio de Argüelles: tampoco de esto queda rastro, evidentemente).

Tras muchos debates y distintos proyectos, el Real volvió a abrir sus puertas, aunque como sala de conciertos en 1966. La Monarquía parlamentaria necesitaba proyectos de envergadura para su legitimación cultural. Uno de ellos sería el Teatro Real. Después de una larga y costosa reforma, recobró su naturaleza de teatro de ópera. Como lo hizo sin un proyecto cultural mínimamente consistente y meditado, fue dando tumbos hasta que llegaron la nueva presidencia de la Fundación del Real en 2007, y Gérard Mortier -que despreciaba a los españoles- como director artístico en 2010. Desde entonces, y bajo el patrocinio de la Corona y del Estado, el de las instituciones locales madrileñas dirigidas por el Partido Popular, y con el apoyo de lo más escogido de las empresas del capitalismo español, dependiente siempre del gobierno de turno, el Teatro Real se ha convertido en el buque insignia de la cultura oficial, cada vez más elitista, más *woke*, más decadente.